

LA HISPANIA INDOMITA

LAS GUERRILLAS CELTIBERAS COMO ANTECEDENTE PARA LA HISTORIA DEL EJERCITO ESPAÑOL

por JOSÉ MARIA GARATE CORDOBA
Teniente Coronel de Infantería del Servicio Histórico Militar

El Ejército español nació en el reinado de los Reyes Católicos. Antes no puede hablarse de él, porque no constituía tal Ejército y porque tampoco existía el término España. Pero no nació por generación espontánea. Las cualidades guerreras de la raza, sus virtudes militares, le venían de una raíz ancestral que estaba viva ya en los primeros mercenarios hispanos de Grecia y Cartago, en los primeros guerrilleros contra Cartago y Roma.

La vieja historia, que creemos conocer, no la hemos visto nunca en el pormenor que dan las fuentes, los primitivos analistas. Ahora que interesa tanto la historia guerrillera buscando los orígenes de modernas versiones, estos guerrilleros hispanos alzados contra los imperios, constituyen el antecedente de tipos humanos muy parecidos, guerrilleros también del siglo XIX, y de tantos guerreros españoles contemporáneos nuestros.

Poco parece que podría añadirse a los estudios que de los primeros tiempos históricos hicieron Schulten, García Bellido, Boch Gimfera y Viñas Mey, Blázquez y otros, con sus numerosas monografías —especialmente a las «Fontes Hispaniae Antiquae» de Schulten—, que agotan el tema con gloria para ellos. Sin embargo, en los textos de Polibio y Apiano, de Diodoro y Posidonio, como coetáneos o más próximos a lo que cuentan, o en los de Livio, como ameno recopilador, hay matices interesantes para documentar los orígenes o el preludio de la Historia del Ejército, que sólo en una detenida confronta militar se pone de relieve. En ocasiones hemos hecho traducir párrafos griegos y latinos, de los que han resultado noticias mucho más expresivas militarmente que las de los resúmenes o las elípticas traducciones libres que se nos suelen ofrecer, reveladoras de pormenores interesantes para el historiador militar actual.

Las primeras bandas y guerrillas que cita Estrabón en la Península

la son las de la Hispania celta. Son gentes cuyas características costumbres están referidas con cierto pormenor. Son «montañeses», que pronto reciben el calificativo de «bandidos», porque forman bandas y porque su actuación es típica de bandoleros para el ejército ocupante, aunque demostrado está no ser sino guerrilleros en el pleno sentido actual de la palabra, con todas sus consecuencias.

Pero el primer ejército hispano con alguna organización y jefe conocido, es el que en el año 237 (a. C.) se enfrenta a Amílcar cuando trata de dominar la Península. La lucha tenaz, aunque breve, de aquellos caudillos mostró que tenían sentido de la organización y una sencilla táctica inspirada en la griega. Diodoro, su único cronista, basado en textos perdidos de Timeo, Polibio y Posidonio, dice que Indortes reunió hasta 50.000 hombres. Muchos parecen, pero las escasas noticias de éste, como las de Istolacio, y las de Orisón, un poco más concretas, sólo han venido a nosotros casi íntegras del texto de Diodoro, sin que podamos añadir pormenores importantes para el historiador militar.

Habrá que llegar a la lucha contra Roma para encontrar datos de interés con minuciosidad y precisión, suficientes. En los textos básicos y fehacientes de Polibio, completados con otras fuentes en sus páginas perdidas, se ve crecer y renacer numerosas veces un ejército hispano de características guerrilleras como el de Viriato, pero con fuerza y arte militar suficientes para entretener a Roma muchos siglos, como en Numancia.

I

Contactos con fenicios y griegos. Valoración del guerrero hispano en el mundo mediterráneo.

Algunos historiadores concretan en la fecha 1100 ó 1101 (a. C.), la fundación por los fenicios del puerto de Gadir (Cádiz), de donde se fueron, extendiendo a partir de entonces entre los cabos de Gata y San Vicente, sin que su colonización comercial tuviese la menor influencia militar. Las colonias griegas se iniciaron hacia el año 660 (a. C.) con mayor o menor oposición de fenicios e indígenas. Los griegos debieron pensar en colonizar las Baleares, pero se les adelantaron los cartagineses, quienes al encontrar fuerte oposición de los naturales en Mallorca y Menorca, derivaron a Ibiza, cuya con-

quista les resultaría más fácil por estar medio desierta. Era un buen punto de apoyo para dominar el Mediterráneo occidental, completado por Sicilia, Cerdeña, Cádiz y las demás colonias fenicias que pasaron a sus manos. La fecha del 654 (a. C.), que hoy se da como exacta para la fundación púnica de Ibiza, puede tomarse a su vez como inicial de la conquista y colonización de España por los cartagineses.

Pronto lucharon los guerreros hispanos fuera de su patria encuadrados por mandos griegos y púnicos, como luego bajo los romanos. Millares de mercenarios, que los clásicos llamaron *iberos* o englobaban con los *celtas*, instruidos en ejércitos extranjeros, intervinieron durante varios siglos en campañas de Cerdeña, Sicilia, Grecia, Italia y el Norte de Africa, trayendo a España influencias de la organización y arte militar que practicaban, así como de la vida y costumbres de civilizaciones más avanzadas.

La referencia más antigua parece ser un texto de Pausanias que permite fechar hacia el 550 (a. C.) la presencia de hispanos en Cerdeña (1). Acaso eran los baleares que ayudaron a los cartagineses en la conquista de la isla y, desertando después, fundaron pueblos en sus montañas.

También había *iberos* entre los mercenarios libios, ligures, helisices, sardos y corsos del ejército cartaginés, tribus guerreras de occidente que al mando de Amílcar emprendieron la primera guerra púnica en el año 480 (a. C.). La noticia procede de Herodoto, pero ni él ni Diodoro presentan a los hispanos en la acción, sino en el encuadramiento (2). Polieno refiere que cuando los sikeliotas entraron en el campamento púnico fueron aniquilados por los iberos que habían acudido en su socorro (3).

El dominio de *Tartesos* por los cartagineses, hacia el año 500, les dio, pues, la oportunidad de reclutar mercenarios hispanos, no entre los tartesios, que eran de poco espíritu guerrero, sino entre las tribus ibéricas, equiparadas a las más combativas de occidente. Herodoto alude por entonces (4) a las correrías que serían luego frecuentes entre los celtíberos, habitantes de la meseta pobre.

(1) PAUSANIAS: *Itinerario de Grecia*. 10. 8. 6.

(2) HERODOTO: *Los nueve libros de la Historia*. 7. 165, y DIODORO DE SICILIA: *Biblioteca Histórica*. 11. 1.

(3) POLIENNO: *Stratagemata*. 1, 28.

(4) HERODOTO: *Los nueve libros de la Historia*. 7. 165.

Tucídides aporta un nuevo dato, poco verosímil, diciéndonos que en el año 414 pensó Alcibiades tomar a sueldo en Sicilia para la guerra del Peloponeso «muchos bárbaros, iberos y otros, tenidos allí por los más aguerridos» (5). Así lo hizo y los hispanos gozaron fama de combatientes muy esforzados por su actuación en la campaña.

Más tarde, Anibal, nieto de Amílcar, reunió gran número de iberos en el ejército que organizó entre los años 410 y 409. Sin precisar cifras, Diodoro anota que eran muy numerosos y que entre ellos había honderos, sin duda baleares. Añade que este ejército se trasladó a Sicilia, arribó a Leybaión y prosiguió a Selenus, en cuya conquista tomaron parte los hispanos, escalando sus derruidos muros (6). Por primera vez una ciudad griega caía en poder de estos hombres «de idioma incomprensible y bárbaras costumbres», según expresión de Diodoro.

Valoración de los hispanos mercenarios de Cartago

Luego, los hispanos actúan ya en casi todas las campañas exteriores de los cartagineses. Cuando Amílcar desembarcó en Sicilia, en el 311, llevaba en su ejército mil honderos baleares, que según Diodoro fueron resolutivos con su actuación a pedradas de honda al pasar a primera línea en el ataque a Eknomón (7).

Los mercenarios españoles constituían además el núcleo más fuerte de las guarniciones de Libia y aún de Cartago. Era una medida de precaución por la poca confianza que inspiraba a sus jefes el mantenerlos destinados en su propia patria, por lo cual las guarniciones cartaginesas en Hispania eran siempre extranjeras, principalmente libias y baleares, si bien, en cualquier caso, encuadraban pequeñas unidades del país, aprovechando la rivalidad y fraccionamiento de tribus indígenas. Los cartagineses reclutaban sus tropas hispanas por medio de levás. Al principio fueron totalmente voluntarias y se nutrían de las bandas formadas en el país, que por su precaria vida veían casi una liberación en el alistamiento. Se les pagaba una prima de enganche, un sueldo y una parte en el botín. Los reclutas eran conducidos a Cartago, donde recibían su armamen-

(5) TUCÍDIDES: *Historia de la guerra del Peloponeso*. 2) 8, 98.

(6) DIODORO: *Op. cit.*—1) 13, 54, 1.— 2) 13, 56, 5 y sig.—3) 13, 62, 1.

(7) DIODORO: *Op. cit.*—4) 13, 85, 1.—5) 13, 80, 2.—6) 13, 110, 4.—7) 14, 75, 8.

to y equipo y se adiestraban durante dos o tres años, tras los cuales salían a campaña.

En el ejército cartaginés, los mercenarios españoles se encuadraban principalmente en la caballería pesada, en la infantería ligera y en la más ligera de flecheros y honderos. Según Tito Livio, la caballería española, aleccionada por la nómada en los ejércitos de Aníbal, llegó a ser superior a la romana (8). Formaba a retaguardia y se lanzaban a la carga por los intervalos de la infantería, lo mismo que habían hecho antes los honderos para dispersarse en guerrilla por los flancos. Muchas veces, la caballería llevaba a la grupa infantes, que, en momento oportuno, se arrojaban del caballo y desplegaban al ataque con dardos y hondas. Si se veían acosados, desmontaban los jinetes y combatían junto a ellos a pie.

Cuando Aníbal pidió refuerzos para el socorro de Acragas, le envió Manmón el año 262, con 60 elefantes, 50.000 infantes y 6.000 jinetes, que según Estrabón eran iberos en su mayoría y muchos libios y celtas (9). Ibéricos eran también parte de los mercenarios cartagineses que en el 261 se sublevaron por falta de pagas y cuyo castigo fue enviarlos a la muerte disimuladamente, haciéndoles atacar una posición romana previamente alertada por el jefe púnico.

Al firmarse la paz (año 242), Amílcar Barca evacuó Sicilia y pasó a Africa con unos 20.000 hombres de los cuales cerca de la mitad eran mercenarios iberos y baleares al mando de *Gisgou*. Desmoralizados por las continuas derrotas y debiéndoseles buena parte de sus pagas atrasadas, aquellos hispanos hicieron causa común con la independencia de los libios y unidos a ellos se sublevaron contra Cartago. De cómo se desarrolló aquella *Guerra de los Mercenarios*, no se sabe sino que fue tan grande el exterminio con que se concluyó por ambas partes, que mereció llamarse «la inexpiable», pues en ella no hubo límites para el saqueo, el asesinato y la devastación (242 al 239).

Aquel mismo año, aprovechando la debilidad que causaba a los cartagineses la guerra de los mercenarios, se alzó también el sur de Hispania contra el dominio púnico, atacando sus factorías y creando todo género de dificultades. Con ello hicieron necesario que viniese a la Península un ejército al mando de Amílcar Barca, que desembarcó en Gadir (Cádiz), único destacamento que no había caído

(8) TITO LIVIO: *Historia de Roma*.

(9) ESTRABÓN: *Geografía*.

en poder de los hispanos (237). Le acompañaban su hijo Aníbal y su yerno Asdrúbal.

En tal época hay guerreros hispanos en tres ejércitos distintos: los restos de los mercenarios del ejército de Africa, que tras la represión no llegarían a sumar 10.000 hombres; las tribus peninsulares luchando por su independencia, y los núcleos, cada vez mayores que iban engrosando las filas cartaginesas en Hispania.

El primer ejército hispano con alguna organización y jefe conocido es el que se enfrenta a Amílcar cuando trata de dominar la Península (237). Su lucha fue tenaz, aunque breve, y aquellos caudillos que llegaron a reunir 50.000 hombres, mostraron tener cierto sentido de la organización y una sencilla táctica inspirada en la griega. Es Diodoro (10) el único cronista, que nos da la noticia del encuentro entre hispanos y cartagineses.

Guerrillas contra Amílcar. La estratagema de Orissón

Luchó Amílcar contra los iberos y tartesios, mandados por Istolacio —general de los celtas— y su hermano. Los venció y dio muerte a todos, pereciendo dos hermanos más de los que Istolacio tenía y alistando en su ejército 3.000 prisioneros que capturó. Después Indortes reagrupó hasta 50.000 hombres, con los cuales se retiró a una colina donde los sitió Amílcar antes de que pudieran presentar batalla. Intentó escapar de noche cuando el cerco aún no se había cerrado, pero perdió gran parte de sus tropas y cayó prisionero de Amílcar quien lo mandó crucificar después de sacarle los ojos y hacerle sufrir tormento. Los demás cautivos, hasta 10.000, quedaron libres por política de atracción de Amílcar, que ganó muchas ciudades por la persuasión y otras las sometió por las armas.

Tales son las únicas noticias de aquel primer ejército, solo conocido por Diodoro. Los celtas de Istolacio no serían habitantes del Sur, sino mercenarios de la Meseta o iberos emigrados a ella hacia el año 300, es decir, celtíberos que los tartesios tomarían a sueldo por escasez de tropa. Lo confirma su reiterada aparición en las luchas con Roma y a ellos pertenecen las armas celtas encontradas en yacimientos meridionales como los de Villarico y Carmona.

La resistencia hispana continúa en Levante, donde los *mastienos*

(10) DIODORO: *Op. cit.*, 25, 10.

resisten el ataque cartaginés y Amílcar ha de someterlos tribu a tribu. Aunque consigue fundar en Akra Leuka (Alicante) una importante factoría que constituye su mejor baluarte, oriental, dominando desde su ciudadela mucha tierra y mar, no por eso deja de haber dura oposición hispana, registrada por los historiadores romanos al anotar como cruenta la batalla de Helice, si bien sus datos son muy breves, pues no se trata de resaltar virtudes del enemigo. Amílcar sometió la ciudad a un cerco en toda regla y fue ello lo que decidió a socorrerla a Orissón, caudillo de los *orissos* u *oretanos* y otras tribus del alto Guadiana, el cual, bajando hacia Hellín para auxiliar a los sitiados, hizo creer a Amílcar que acudía en favor suyo y cayó por sorpresa sobre los cartagineses, obligándoles a levantar el asedio.

Parece ser que los oretanos utilizaron como arma de sorpresa carros de leña a la que prendieron fuego al aproximarse al enemigo, que los observaba extrañado y en actitud pasiva. Los bueyes, enloquecidos por el fuego embistieron a las filas cartaginesas, sembrando el desconcierto en ellas, ya que los sitiadores, para librarse de los carros, descuidaron el cerco, y mientras los sitiados, haciendo una salida, atacaban de frente, Orissón y los suyos lo hacían por el flanco y retaguardia, lo que ocasionó el levantamiento del sitio, la huida y derrota púnicas y la muerte de Amílcar. El episodio fue tachado de inverosímil por Schulten, pero García Bellido no encuentra razón para ello y lo considera aceptable (11).

Durante los nueve años transcurridos desde el desembarco de Amílcar hasta su muerte (238-229), los hispanos habían combatido duramente, oponiendo una resistencia continuada.

Asdrúbal, hábil diplomático debió captar pronto la nobleza racial de los iberos, que se dejaban ganar mejor por el buen trato que por la fuerza. Por eso, se los debió granjear al casarse con la hija de un importante jefe suyo y le debió ser fácil recuperar las doce ciudades de los oretanos y aun fundar Cartagena sobre las ruinas de Mastia, la capital de los mastianos, en el reino de los tartesios, así como otra ciudad desconocida. Cartagena superaba a Alicante no sólo por mayor proximidad y mejor comunicación con Africa, sino por su excelente puerto, uno de los mejores del Mediterráneo.

(11) SCHULTEN, ADOLFO y BOSCH GIMPERA, PEDRO: *Fontes Hispaniae Antiquae*. Fascículo 3.º, pág. 14, y GARCÍA BELLIDO, ANTONIO: *España al comienzo de su Historia*.

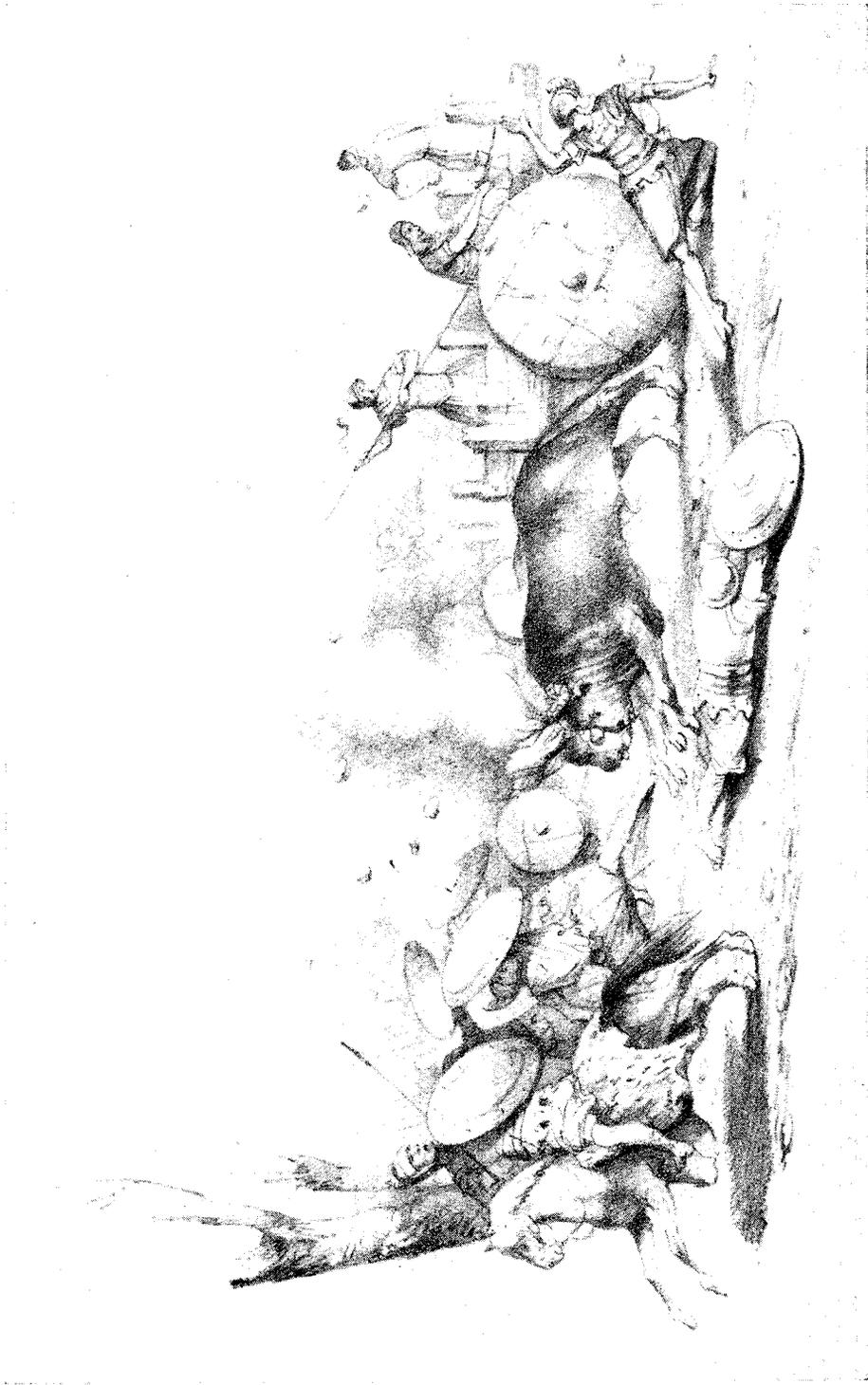
Arbukale: La Numancia betónica

Aún resisten los hispanos el empuje de Aníbal (221) de genio más guerrero, y aunque el sur y sureste peninsulares están prácticamente dominados, entre los cursos altos del Tajo y el Guadiana, el asalto se estrella ante *Althea*, ciudad de los *olkates*, que al fin ha de rendirse con los demás pueblos comarcanos. La lucha se extiende entonces (220) al territorio comprendido entre el Tajo y el Duero. Allí es *Elmántica* (Salamanca), la ciudad que capitula después de corta lucha. Había prometido someterse y entregar las armas si se dejaba libres a sus defensores, y aparentó cumplirlo, pero los prisioneros llevaban armas escondidas y mientras los cartagineses se entregaban al saqueo cargaron sobre la guardia y después de lograr una ventaja inicial, huyeron. La misma suerte corrió *Arbukale*, otra gran ciudad de los *vaccos* o *vacacios*, posiblemente en las proximidades de Avila, cuya resistencia debió ser tan tenaz y prolongada como para que Campos Turmo la llame la *Numancia betónica* (12). Los *olkates*, fuera de su tierra no se resignaron a someterse: unidos a los vacceos de la zona de Elmántica y ayudados por los *carpetanos*, atacaron al ejército púnico cuando cruzaba el Tajo cargado de botín; pero pese a la audacia de su asalto, hubieron de dispersarse los atacantes y acabaron dominados por los pueblos de aquella zona.

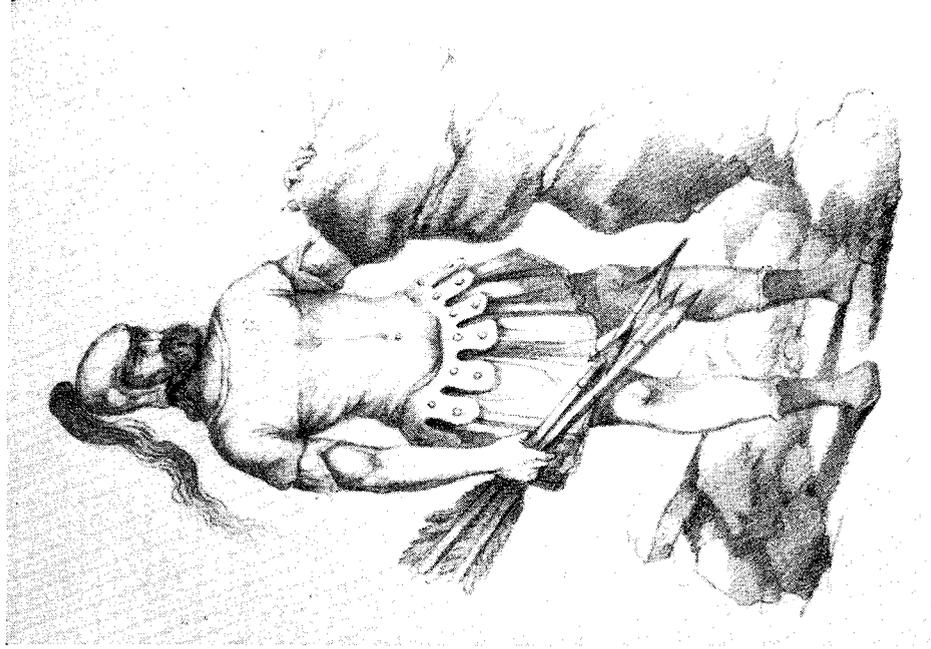
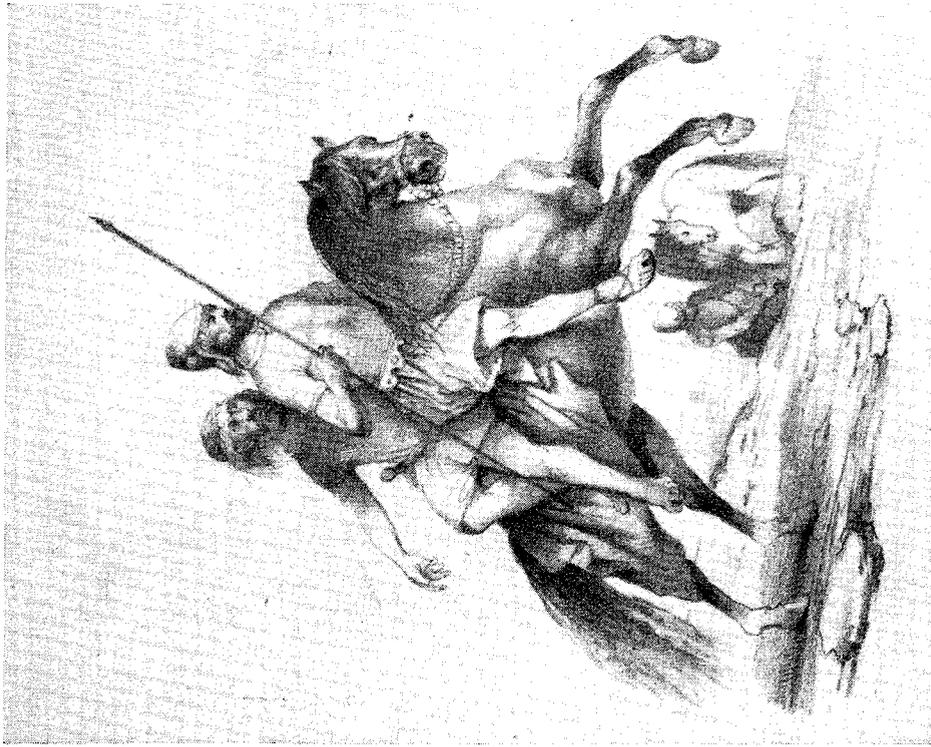
Sagunto: La Numancia levantina

Aníbal decidió conquistar Sagunto, cuyas condiciones no estaban claras en el tratado del Ebro por su situación al sur del río. Era Sagunto una ciudad ibera de la zona de los *edetanos*, habitada por los *artestanos*. Se alzaba sobre un montículo que sólo se unía a los colindantes por el Oeste, formando una meseta de 800 metros de longitud y una anchura variable entre los 50 y los 150 metros y estaba entonces a unos 1.400 metros de la costa. Los saguntinos estaban en discordia con sus vecinos los *turboletas* en la región de los *turdetanos*, a los que Aníbal decidió prestar apoyo, mientras los saguntinos lo pedían a Roma en vano. Aníbal puso sitio a Sagunto y sus habitantes se defendieron furiosamente durante ocho meses, negándose siempre

(12) CAMPOS TURMO, RAMIRO: *¿Dónde está Arbukale. La Numancia Betónica?* «Revista Ejército, núm. 109 febrero 1949.



Los guerrilleros de Orissón emplean los primitivos carros de guerra. Grabado del *Museo Militar*, de Van Halen. Madrid, 1849.



Jinetes cántabro y celtíbero, y soldado saguntino. Grabados del Museo Militar, de Van Halen.

a las propuestas de capitulación, realizando numerosas salidas contra los sitiadores, en una de las cuales resultó herido Aníbal. En el otoño del 219, el caudillo cartaginés asaltó la ciudad por el oeste, única parte accesible, venciendo así la última resistencia en la que los saguntinos sucumbieron heroicamente.

El sitio de Sagunto pudo absorber 56.000 soldados de Aníbal, y los defensores, aunque más numerosos, nunca llegarían a ser los 150.000 que algún clásico señala. Su arte militar se desconoce, pero no debió de ser torpe cuando lograron defenderse durante tanto tiempo frente a un ejército que era modelo de organización en la época.

En Sagunto, ya ocupada, Aníbal mantuvo encarcelados como rehenes a los hijos y familiares de los caudillos de la independencia ibérica, de quienes temía nuevas hostilidades.

La situación del ejército hispano en este período es sensiblemente igual a la de las épocas de Amílcar: bandas de guerrilleros que combaten al invasor, especialmente en las tribus del centro, norte y noroeste, mientras que por otra parte aumentan los mercenarios encuadrados por los cartagineses. Los más aguerridos, aunque también los que creaban más problemas, eran los del centro, vencidos pero no dominados.

Tribus y caudillos aliados de Roma

Indibil es el primer caudillo del que hay constancia en la lucha de hispanos contra Roma. Su nombre es *Andobales* en Polibio, *Indibilis* en Livio, e *Indébilis* (débiles) en Diodoro, pero la forma ibérica sería *Andóbales* o *Indíbetes*. Para Polibio, sólo era un régulo del interior que se distinguió por su adhesión a los cartagineses. Livio precisando más, lo define como: «el jefe de los *ilergetes*, que desempeñó un papel muy importante en las primeras luchas de los romanos en España, unas veces a su favor y otras en contra». Hay que aclarar que los ilergetes eran el pueblo más poderoso de la izquierda del Ebro. Polibio menciona por primera vez a Indibil en 218 (a. C.) cuando al extender Cneo Escipión sus conquistas desde Ampurias, le hizo prisionero junto con el general Hannón, en la batalla de Cissa (Tarragona), capital de los cesetanos (13). Ya debía considerárse-

(13) POLIBIO: *Historia de los romanos*. 3, 76, 1.

le importante al destacar entre los prisioneros solamente al general cartaginés y al jefe ibérico.

Un año después, Livio presenta con Indíbil a su hermano *Mandonio*, de típico nombre ibero, cuya raíz mando = mulo, como en vasco, pudo referirse a su fuerza o a su ganadería. Mandonio debió ser jefe de un pueblo vecino al de los ilergetes, posiblemente el de los *ilergavones*, de la misma familia étnica y menos poblado. Ambos eran los más fieles amigos de los cartagineses.

Anota Livio una ocasión inicial de ambos hermanos. Cuando en 217 los romanos se retiraban a la costa, después de avanzar hasta la sierra de Cástulo (Sierra Morena), Mandonio e Indíbil levantaron a sus gentes y se lanzaron a devastar los pacíficos campos de los aliados, por lo cual Escipión envió contra ellos algunos tribunos militares que, con poco esfuerzo desbarataron aquellas bandas desordenadas, matando o apresando algunos y haciendo que otros abandonasen las armas (14).

Indíbil en la batalla de Cástulo

Hay un lapso sin noticias de ambos caudillos, hasta que en la primavera del año 211 aparecen en el relato de Livio las tropas del númida Massinisa y las del ilergete Indíbil, como auxiliares de las de Asdrúbal Giscón y Magón, generales púnicos, que van a dar la batalla definitiva a los Escipiones.

Tras los ataques de Massinisa, los romanos quedan reducidos a la defensiva bajo el asedio cartaginés, que se hará más estrecho con el refuerzo de Indíbil quien, según se anunciaba, venía con 7.500 sussetanos, naturales de algún pueblo vecino al suyo, parientes de los *cesetanos* de Tarragona, por lo que el analista les llama *populares* del caudillo, es decir, sus paisanos.

Pero Publio Escipión, jefe prudente y previsor, según Livio, forzado por la necesidad, resolvió temerariamente salir por la noche al encuentro de Indíbil y combatirle donde lo encontrase.

La historia de Indíbil se interrumpe nuevamente para centrarse en la derrota y muerte de Publio en la Batalla de *Cástulo* (Cazorla) y veintinueve días después la de Cneo, abrasado en una torre de *Illurci* (Lorca), donde se había refugiado con los supervivientes. Des-

(14) TITO LIVIO: *Historia de Roma*, 22, 21.

pués de este desastre de los Escipiones, los cartagineses premiaron la fidelidad de Indíbil devolviéndole el dominio sobre su territorio al norte del Ebro, del que los romanos le habían despojado por su amistad con el enemigo. Pero ese reconocimiento fue breve, pues aquel mismo año de 211, Asdrúbal Giscón llegó a tal abuso de poder que olvidando que Indíbil había preferido perder su reino antes que faltar a su lealtad, le exigió una crecida suma de plata, y como el caudillo ilergete anduviera remiso en entregarla, le calumnió, obligándole a entregar sus hijas en rehenes, pese a considerársele el más fiel aliado.

Llegó con ello el invierno del 209 y Escipión Emiliano, después de conquistar Cartagena, extendía sus conquistas, adoptando una política de atracción, que en su delicado trato a los prisioneros se mostraba como buen psicólogo y conocedor de los iberos. Entre los rehenes de Cartagena, que eran más de 300, estaba la mujer de Mandonio, hermana de Indíbil, la cual se echó a los pies de Escipión, llorando para suplicarle que tuviesen con las prisioneras más decoro del que habían tenido los cartagineses. En una página bella y emocionante (15), relata Polibio que Escipión, reparando en la hermosura de las hijas de Indíbil y de otros muchos jefes, comprendió lo que quería decir aquella anciana de porte majestuoso y venerable, y, compadecido, no pudo contener las lágrimas al ver que en una sola palabra le había expresado su triste situación. Mostrándola que había entendido su pensamiento, la cogió de la mano y procuró consolarla, como a las demás, prometiendo cuidar de ellas en adelante como si fuesen sus propias hijas o hermanas.

Los historiadores romanos acopian numerosos testimonios de gestos semejantes de Escipión, que con su magnanimidad se ganaba la adhesión de los hispanos, y nos cuenta (16) que había una joven cautiva de espléndida belleza, que atraía las miradas de todos y de quien se supo enamorado a Escipión, pero enterándose éste de que estaba prometida a *Alucio*, un joven príncipe, muy poderoso entre los celtiberos, dejó en libertad a éste y a la joven, ofreciéndoles como regalo de bodas los presentes que sus padres le habían enviado para el rescate.

(15) POLIBIO: *Op. cit.* 18, 3.

(16) VALERIO MÁXIMO: 4, 3, 1.—AULO GELIO: *NA.* 7, 8, 3.—POLIENO: *Stratag.* 8, 16, 6.—POLIBIO: *Historia de los romanos.* 10, 34.—DIÓN CASIO: *Historia de Roma.* Fr. 57, 42. «Boiss». 1, 243.

Alucio propagó las excelencias de Escipión y haciendo una leva entre los suyos se presentó a él, pocos días después, con mil cuatrocientos jinetes escogidos. Cuando esta movilización particular fue posible, hay que pensar que existían ya en España grandes clientelas, como en Galicia en los tiempos de César. Era la primera adhesión hispana de que nos dan noticias concretas. La seguiría *Edecón* el mismo año.

Edecón, a quien otros llaman *Edeco* y *Edescón*, era caudillo de los *edetanos* o *sedetanos*, origen de su nombre, que ocupaban la llanura oriental cerca de la cual estaba su ciudad *Edeta Liria* (hoy Liria) en torno a Valencia, y por el Maestrazgo penetraba en el bajo Aragón hasta llegar al valle del Ebro. También la mujer y los hijos de Edecón habían sido capturados entre los rehenes cartagineses de Cartagena y estaban en poder de Escipión. Edecón sagaz diplomático decidió asegurarse la libertad de su familia, acelerando la aproximación de los celtíberos a los romanos, que ya se preveía, y arrogándose su representación se presentó a Escipión en Tarragona, pues era ya el invierno, loándose de ser el primero de los potentados que se acercaban a él francamente, pues los demás aunque les tendían una mano, con la otra aún trataban con los cartagineses. Solicitaba ser un testimonio de la magnanimidad romana, recuperando su mujer y sus hijos y siendo admitido como amigo él, sus parientes y sus súbditos pues, al propagar este gesto, los demás caudillos seguirían su ejemplo y, agradecidos al recobrar a sus familiares, llevarían su alianza hasta constituir un apoyo seguro en las futuras expediciones. Escipión inclinado ya a entregar los cautivos y a la política que Edecón sugería, le devolvió su familia y convino con él una alianza. Al divulgarse la noticia, cuando volvió a su casa, los pueblos del norte del Ebro acordaron la amistad con los romanos. Los iberos sometidos por Escipión se comprometían al servicio militar por medio de un *foedus* y recibían por ello una *dona*, o retribución monetaria, dato que corroboraba la sumisión. Esta conducta de los iberos constituye una prueba de la influencia que sobre ellos ejercían una personalidad como era ahora la de Escipión el Africano y más tarde sería la de Sertorio.

Indíbil y Mandonio hacía tiempo que vivían amargados por las exigencias y el trato de Asdrúbal, quien desconfió de su probada fidelidad hasta el punto de tomarles rehenes para asegurarla, y por entonces andaban buscando ocasión de abandonar a los cartagineses, hasta que una vez sacaron sus tropas del campo y las pusieron a cubier-

to en un terreno de fortaleza natural. Su desertión fue seguida por otros muchos iberos, disgustados por motivos semejantes. Poco después Indíbil se presentó a Escipión. Nos cuenta Polibio en un discurso paralelo al de Edecón (17), que con toda sinceridad expuso al general romano los leales servicios que había prestado a los cartagineses y las injurias y afrentas con que ellos se lo habían pagado, sometía a su juicio las razones de su infidelidad y se ofrecía a tomar el partido de lo romanos con todas sus consecuencias y compromisos. Escipión aprobó sus palabras, asegurando conocer la soberbia de los cartagineses, tanto por su conducta con otros hispanos, como por la insolencia con sus mujeres e hijas, siendo rehenes, mientras que él, tomándolas por prisioneras y esclavas, las había guardado con el decoro que lo haría un padre. Indíbil asintió persuadido, y se despidió saludándole por rey, con profunda reverencia. Los demás celtíberos presentes imitaron su tratamiento, pero Escipión lo rehusó y pidiéndoles buen ánimo, les devolvió sus mujeres e hijas. Al día siguiente ajustó con ellos un tratado en el que los hispanos se comprometían a seguir a los jefes romanos y obedecer sus órdenes. Los jefes celtíberos, reuniendo sus tropas, acamparon junto a las de Escipión y marcharon después a combatir contra Asdrúbal.

La unión a los romanos de Alucio, Edecón, Indíbil y Mandonio, se desarrolló, pues, a lo largo del año 209 y la de los tres últimos durante la internada de Escipión en Tarragona. Poco después hacía ver éste a sus objetores que los romanos no sólo no deponían de su mando a quienes gobernaban, sino que habían aumentado mucho el poder de algunos reyes, como Indíbil y Colchas en Iberia, Masinisa en Libia y Pleurates en Iliria, que de ser jefes de poca importancia habían llegado a ser reconocidos por reyes.

La batalla de Baécula

La conquista de Cartagena hizo dueño a Escipión de toda la costa oriental española, con cuya base decidió conquistar la cuenca del Betis, empleando el invierno del 209 al 208 en reorganizar y armar su ejército. Andrúbal por su parte, había decidido jugar su suerte a una batalla, que de ser favorable le compensaría de la defección de los

(17) POLIBIO: *Op. cit.*, 10. 37.

iberos y en caso contrario, abandonaría España y llevaría sus tropas a Italia en refuerzo de Aníbal. Al conocer el movimiento de Escipión, se retiró a la frontera de la cuenca del Betis, estableciendo su campamento en *Baecula*, cerca de Bailén, que por estar en la confluencia del Guadalquivir con el Guadalquivir, tenía fortaleza natural para esperar al enemigo. Pero fió demasiado en la protección del terreno y la rápida maniobra de Escipión le sorprendió antes de que sus tropas concluyesen el despliegue en línea de batalla sobre la colina.

Escipión empleó la táctica de Aníbal en Cannas: doble envolvimiento y un amago frontal, con lo que cayeron las escasas guardias de Asdrúbal y pronto, la colina misma, a la que seguían llegando tropas formadas de los cartagineses para entrar en línea, que caían capturadas o emprendían la desbandada (18). Asdrúbal no quiso exponerse a un desastre y emprendió la retirada al Pirineo, salvando la mayor parte de su ejército y Escipión no le persiguió, temiendo el ataque de otros generales, con lo cual incumplía su misión estratégica, que era destruir las fuerzas de Asdrúbal, o al menos impedir su marcha a Italia.

El excelente relato de Polibio, basado en el del cartaginés Sileno, demuestra claramente que la victoria de Escipión fue así incompleta, limitada al aspecto táctico y al teatro de operaciones español (19). Sin embargo, para hacer justicia al general romano, en este aspecto, será oportuno el juicio de Kahrstedt, que dice:

«La comparación de Baecula e Ilipa con Tesino, Trasimeno y Cannas no es exagerada, porque en realidad las victorias de Escipión en España son magníficas y suficientemente coronadas por el éxito: logró tomar España a los cartagineses y con ello una fuente capital de dinero y mercenarios» (20).

Si no se consiguió retener a Asdrúbal en España y pudo correr en ayuda de Aníbal, que estaba en situación comprometida, su marcha fue una gran ventaja para los romanos en nuestra Península, pues debilitada la fuerza cartaginesa, a partir de entonces sus derrotas se suceden hasta el año 206, en que pierden su influencia sobre los hispanos.

Habían luchado importantes tropas hispanas en ambos bandos,

(18) SCHULTEN: *Fontes...* 3, pág. 125.

(19) POLIBIO: *Op. cit.* 10, 38, 7.

(20) KAHRSTEDT: 1912, 518.

aunque nada se nos dice de su actuación. Sólo anotan los analistas romanos lo que puede ser elogio del vencedor, diciéndonos que al día siguiente, Escipión se ocupó del problema que creaban los 10.000 infantes y 2.000 jinetes prisioneros y que los celtíberos que había entre ellos, se ofrecieron a servir en su ejército y le dieron tratamiento de rey, siguiendo el ejemplo de Indíbil y Edecón (21). Pero él, entonces reunió a los hispanos y les dijo cómo quería que todos le tuviesen por hombre de ánimo real, porque así era, pero que no deseaba ser rey y prohibía que nadie se lo llamase.

La suerte de España cambia de rumbo a partir de aquel año de 208, por los acontecimientos decisivos que se producen entre Roma y Cartago. Según Livio domina entonces Escipión toda la costa oriental de España hasta Cartagena, la cuenca superior del Betis y por su alianza con Indíbil, la del Ebro hasta Huesca. En cambio, la zona del Betis inferior será aún cartaginesa durante dos años más, aunque probablemente dominan los romanos algunas ciudades fenicias allí enclavadas. El centro de operaciones romano es Cartagena y el de los cartagineses la tierra de los *maessos*, en zona de Jaén. Parecía a los romanos que con la partida de Asdrúbal se aliviaría la guerra en España, pero un nuevo general púnico, Hannón, pasó el estrecho con sus tropas y unido a Magón, contrató mercenarios en la Celtiberia (la meseta), mientras Asdrúbal Giscón se había retirado a las cercanías de Cádiz para proteger Andalucía. Envía Escipión a Silano, con más de 10.000 infantes y 500 caballos, contra Hannón y Magón, para impedir que éste consiga mover recursos de la Celtiberia, pero la marcha es penosa y sólo encuentra al enemigo al cabo de diez días de caminar por asperezas y bosques, guiado por tráfugas celtíberos.

Batalla de la Sierra de Cazorla

Magón había reunido un ejército celtibero de 4.000 infantes con escudo y 200 jinetes. Eran casi toda su fuerza y los colocó en primera línea, dejando en la reserva el resto de sus tropas, armadas a la ligera. Apenas salieron del campamento en ese orden de batalla, cuando los romanos les acrillibaron con sus dardos. Los romanos se

(21) POLIBIO: 10, 40.—APIANO: *Las guerras ibéricas*. 24.—ZONARAS: *Historia de Roma*. 9, 8.—LIVIO: *Op. cit.* 27, 20.

agacharon para recibirlos y, alzándose en seguida, se entabló un cuerpo a cuerpo con la espada. La batalla debió de ser por la Sierra de Cazorla, y observa Livio en su relato que lo áspero del lugar frenaba la velocidad de los celtíberos, quienes acostumbraban a atacar corriendo, y no afectaba a los romanos, habituados a la lucha a pie firme: pero además, la abundancia de angosturas y maleza desordenaba las filas y obligaba a pelear uno a uno o dos a dos, como en combates singulares y el impedimento del terreno ofrecía a los celtíberos a la matanza, como atados.

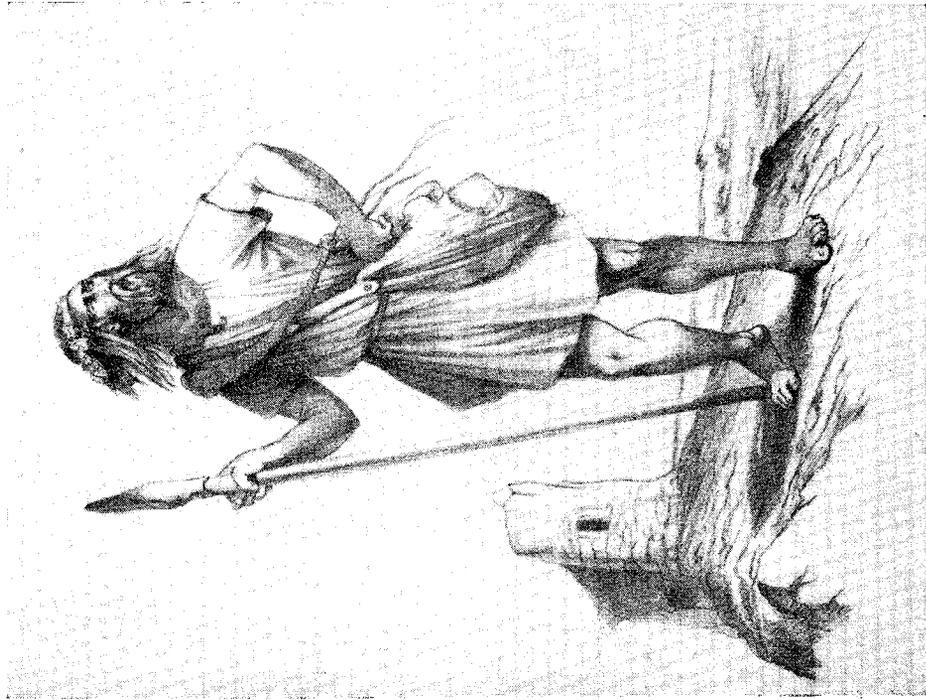
Así narra Livio (22) y no deja de resultar sospechosa esa facilidad de los romanos en alcanzar a los celtíberos montañeses y ágiles, pero sin mejor fuente en esto, hay que atenerse a él. Sigue describiendo que primero murieron casi todos los celtíberos de escudo, y luego, aterrados, se dejaron matar las tropas ligeras y los cartagineses que habían venido en su auxilio de otro campamento. Magón pudo escapar con unos 2.000 infantes y la caballería, mientras que Hannón fue capturado con los últimos que acudían, ya decidida la batalla. Casi toda la caballería y los infantes veteranos que llevaba Magón, llegaron a los diez días junto a Asdrúbal, que estaba en la provincia de Cádiz; pero los celtíberos, soldados bisoños, según Livio, se diseminaron por las selvas vecinas y de allí marchó cada uno a su casa.

Iliþa, la última batalla

Una nueva batalla se iba a dar en *Iliþa* (Alcalá del Río) en 206, cuando Asdrúbal estableció su campamento en una montaña próxima a la ciudad, que tenía delante una llanura apropiada para el combate, en donde se acogieron unos 50.000 infantes, 4.000 jinetes y 32 elefantes de su ejército, aunque Polibio y otros elevan a 70.000 los de a pie.

Escipión envió a Marco Junio Silano en busca de *Kolichas*, *Colchas* o *Culchas*, un jefe ibero dueño de 28 ciudades levantinas (acaso cerca de Cartagena), que había prometido reclutar durante el invierno 3.500 hombres de a pie y 500 de a caballo para los romanos, lo que demuestra que sus pequeñas ciudades no tendrían más de 12.000 habitantes entre todas, a un término medio de 400 cada una. Se le reunieron cerca de Baécula, cuando él, viniendo de Ta-

(22) LIVIO: *Op. cit.*, 28, 1.



Honderos ibérico y balear. Grabados del *Museo Militar*, de Van Halen.



Númidas y elefantes del ejército cartaginés. Grabado del *Museo Militar*, de Van Halen.

FPV H.

rragona, había recogido a su paso tropas aliadas de los pueblos del camino. Su ejército alcanzaba así unos 45.000 infantes y cerca de 3.000 jinetes y le preocupaba ver que las legiones por sí solas eran insuficientes para dar una batalla y, por otra parte, resultaba expuesto confiar a los iberos la misión decisiva, pues encontraba muy peligroso fiarse de ellos después de sus frecuentes deserciones en los ejércitos de su padre y su tío. La necesidad le obligó a tener que valer-se de los hispanos para aparentar un ejército más numeroso, pero fiando la batalla exclusivamente en las legiones. Concibió la maniobra de ejecutar la acción decisiva con un doble envolvimiento de los cartagineses, para lo que colocó a los romanos en las alas, dejando a los hispanos en el centro, con misión defensiva (23).

Por el contrario, Asdrúbal situó en el ala derecha, a su mando, frente a Marco Livio, a los veteranos hispanos, en los que principalmente confiaba, y a otros iberos en el ala izquierda, pues con ambos pensaba él también iniciar el ataque, dejando en el centro a los africanos.

Al llegar a este punto, Apiano se extiende en anécdotas copiadas de analistas ligeros; Frontino coincide con Polibio, que, como siempre, es más conciso y verista que ninguno, ya que Livio gusta de dar literatura y colorido a sus anales, sobre una base fundamental de Polibio (24).

Tomada tal decisión, Publio Cornelio hizo levantar las tiendas a todo su ejército, y cuando divisó las tropas de Asdrúbal, acampó sobre unas colinas inmediatas.

La iniciativa partió de los cartagineses. Creyó Magón que el momento era bueno para atacar a los romanos en su campamento y efectuó una maniobra convergente con la caballería a su mando y los nómadas al de Masinisa. Buscando sorprender a Escipión fue sorprendido por él, que tenía emboscados otros tantos jinetes, los cuales, atacándole de improviso, hicieron retroceder a unos y defenderse desesperadamente a otros. Cayeron muchos con valor y al final huyeron los demás al campamento, abrumados por la rapidez de los romanos en apearse de los caballos y entrar al cuerpo a cuerpo.

Tras este tanteo previo entre destacamentos de caballería, que terminó pronto con la retirada de los cartagineses, después, durante

(23) POLIBIO: *Op. cit.*, 11, 20 y LIVIO: 28, 12, 10.

(24) APIANO, *Iber.*, 25, 27; FRONTINO: 2, 3, 4; LIVIO: 28, 12, 14; POLIBIO: 10, 12.

varios días, desplegaron ambos bandos frente a frente, llegándose la puesta del sol sin que ninguno de los dos acometiese. Escipión dejaba el campo más tarde que los cartagineses y observó que Asdrúbal, invariablemente, formaba a los cartagineses y númeridas en el centro, y a los hispanos en las alas, flanqueados por los elefantes, con lo cual ideó desplegar en orden contrario al habitual, que era simétrico del cartaginés. El día que decidió combatir enfrentó Escipión un centro hispano con el cartago-númerida y unas alas romanas contra las ibéricas del enemigo. Con ello, su maniobra fue, como en Baécula, un desarrollo del esquema anibálico de Cannas, si bien con peculiaridades importantes.

Inició el combate la caballería romana, escaramuzando con tal rapidez y empuje que los cartagineses apenas tuvieron tiempo de tomar las armas, y Asdrúbal, sorprendido, hizo desplegar en ayunas a sus jinetes y tropas ligeras, para dar tiempo a que la infantería se situase al pie de la colina de Ilipa. Al cabo de un par de horas se mantenía indecisa la lucha de la caballería y los ligeros, porque cuando los fatigados se retiraban, entraban otros en su lugar, y parecía que ningún bando resolvería nada. Entonces, Escipión los recogió por entre los intervalos de los infantes y, pasándolos a retaguardia, los hizo evolucionar hasta situarse en las alas: los ligeros en formación cerrada, y los jinetes desbordando ampliamente sus costados. Luego avanzó las legiones en todo el frente, y cuando los legionarios estaban a unos quinientos pasos de los cartagineses, ordenó avanzar también a los hispanos, en cuyo momento inició la maniobra desde el ala derecha, cuyo mando tomó personalmente y ordenó a Silano y Marcio que desbordasen al enemigo por la izquierda, simultáneamente con él.

Pero la lentitud del avance de los iberos prolongaba demasiado el combate, sin que el adversario sufriese desgaste en su núcleo central, porque el centro de su despliegue quedaba abolsado. Coinciden en ello los analistas. Polibio dice que «los iberos quedaban alejados porque marchaban lentamente», cuando ya la segunda línea escipiónica se había unido a la primera; Livio es más gráfico, al decir: «En el centro formaban una concavidad los baleares y reclutas hispanos, porque sus formaciones avanzaban más lentamente y las alas ya habían venido a las manos»; Frontino alude a la maniobra de Escipión y describe: «Así, atacando en media luna la parte más débil del adversario con sus fuertes alas, le fue fácil derrotarle». Pero Polibio aclara luego un importante factor, al anotar: «Ya estaban rotas las alas cartaginesas y aún se quedaban en el centro, mano sobre mano, los africanos

de Asdrúbal —su mejor fuerza—, porque temían que al abandonar su puesto para socorrer a las alas se les echarían encima los iberos» (25).

Escipión debió recelar falta de acometividad en los hispanos, que no marchaban con la rapidez que les pedía, lo que, según dice Apiano (26), le forzó a apearse del caballo y lanzarse entre los dos ejércitos, empuñando un escudo y dando grandes voces diciendo: «¡Socorred, romanos, a vuestro Escipión en peligro!», con lo que consiguió que el centro atacase con tal ímpetu que arrollaron a los númeridas. Pero Escipión había contado con el ayuno del enemigo, de modo que fue alargando la lucha de las alas hasta la una de la tarde, y el combate del centro mucho más, esperando que los cartagineses estuviesen extenuados por el sol, la fatiga y el hambre. Contribuyó al desorden adversario la perturbación que produjo el ataque de la caballería, vélites y ligeros, que espantando a los elefantes, les hizo lanzarse de las alas al centro, atropellando por igual amigos y enemigos.

Los cartagineses se retiraron en desorden a las colinas y les salvó de la persecución una oportuna tormenta. Pensaron en defenderse entre las rocas, pero les disuadió de ello la rebelión de los aliados iniciada por *Attenes*, jefe de los turdetanos, que se pasó a Escipión con numerosas tropas de sus súbditos. Luego los jefes y defensores de dos ciudades fortificadas se pasaron también a los romanos, y Asdrúbal, para no exponerse a mayor desastre, levantó el campamento y se retiró en el silencio de la noche. Asdrúbal se dirigió hacia el océano, perseguido por los romanos, que en sus dispersas fuerzas hicieron una carnicería, hasta que se acogieron a Cádiz. Después, Asdrúbal Barca pasó los Pirineos con el ejército de celtiberos que había reunido.

La guerra ya no era para los romanos cuestión de esfuerzo, sino de tiempo, en la lucha simultánea contra cada ciudad. Por ello, Escipión marchó hacia la retaguardia, encomendando a su hermano Lucio Escipión el sitio de la ciudad de *Orongis* (Jaén), ciudadela de Asdrúbal para sus ataques contra los pueblos del interior y la ciudad más opulenta de toda la región. Lucio la conquistó con los 10.000 infantes y 1.000 caballos que su hermano le dejó y entró en triunfo, precediéndole en el desfile una inmensa turba de cautivos. Escipión ensalzó el mérito de su hermano, comparando la toma de Orongis con la suya de Cartagena, y viendo que se acercaba el invierno, sin

(25) POLIBIO: 10, 23, 24; LIVIO: 28, 12, 15; FRONTINO: 2, 3, 40

(26) APIANO: *Op. cit.*, 27.

tiempo para atacar Cádiz, ni perseguir las tropas de Asdrúbal, diseminadas por toda la provincia, mandó a Roma a su hermano, recogió sus tropas a invernar y el se retiró a Tarragona.

CONCLUSIÓN

Livio celebra con un párrafo final el que Escipión expulsase de España a los cartagineses cuatro años después de recibir el mando de la provincia y el ejército de España y a los trece de haber comenzado la guerra (27). En realidad, la guerra de cartagineses en España había comenzado en el 218 y terminó en el 206, dirigida desde el 210 por Escipión.

Livio tiene interés en señalar la dificultad y duración de la guerra romana en España, diciéndonos que «el país era difícil por su dureza y por ser intransitable, pero eran más difíciles por su amor a la libertad y su incansable oposición». Añade que Roma sólo pudo conquistar Hispania después de doscientos años de tenaz resistencia, mientras que la Galia fue dominada en diez años. Insiste en ello:

Y así, habiendo sido la primera provincia del continente en recibir a los romanos, ha sido la última en estar completamente sometida, cosa que no ha sucedido hasta nuestros días bajo el mando y los auspicios de Julio César (28).

Terminada la lucha de los hispanos contra los cartagineses el 206 (a. C.) empezaban de nuevo a combatir por su libertad contra Roma, sin esperar ya nada de posibles alianzas, como antes las buscaron con uno de los dos bandos invasores.

(27) LIVIO: *Op. cit.*, 28, 16, 14.

(28) LIVIO: 28, 12, 10.